



Manuela Camagni (1954-2010), *Memores Domini*, de la Familia Pontificia, murió en accidente el 24 de noviembre de 2010. El Santo Padre Benedicto XVI se recogió en oración ante su féretro y celebró una misa en sufragio por ella el 2 de diciembre de 2010. Las exequias tuvieron lugar el 29 de noviembre en San Piero in Bagno, Romagna.



BENEDICTO XVI

**NOSOTROS SOMOS
MEMORES DOMINI
PORQUE ÉL ES
MEMOR NOSTRI**

**MENSAJE Y HOMILÍA
CON OCASIÓN DE LA MUERTE DE LA *MEMOR DOMINI*
MANUELA CAMAGNI,
DE LA FAMILIA PONTIFICIA**

Queridos amigos,

La conmovedora participación del Santo Padre en el dolor por la muerte de nuestra amiga Manuela nos ha acompañado a la hora de vivir su desaparición, haciéndonos más conscientes del verdadero significado de nuestra vocación. De su naturaleza de Memor Domini el Santo Padre ha obtenido paz y consuelo: «Por esto me da paz pensar que Manuela es una Memor Domini, una persona que vive en la memoria del Señor. La relación con Él es más profunda que el abismo de la muerte. Es un vínculo que nada ni nadie puede romper». Y nos ha explicado nuestra vocación de este modo: «Nosotros somos memores Domini porque Él es Memor nostri». «Esta memoria del Creador no es sólo memoria de algo del pasado, porque su origen está presente, y por tanto es memoria de la presencia del Señor». Esta memoria de Dios, que Cristo eleva y renueva con el don de sí, de su Cuerpo y de su Sangre, es el origen de la alegría. Pero esta alegría se oscurece y queda oculta si, a causa del olvido, nos alejamos de su verdadera fuente.

Os pido que custodiéis las palabras del Santo Padre, que marcan nuestra historia de forma única.

Julián Carrón

sión, renovó, más aún, elevó nuestra memoria. «Haced esto en memoria mía», dijo. Así nos dio la memoria de su presencia, la memoria de su entrega, del don de su Cuerpo y de su Sangre. En este don de su Cuerpo y de su Sangre, en esta entrega de su amor infinito, tocamos de nuevo con nuestra memoria la presencia del Dios fuerte, su entrega por nosotros. En cuanto *Memor Domini*, Manuela vivió esta memoria verdadera que el Señor nos dona con su Cuerpo y que renueva nuestro saber de Dios.

En la controversia con los Saduceos acerca de la resurrección, el Señor les dice que ellos no creen en ella, pero que Dios se ha llamado a sí mismo «Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob». Los tres forman parte del nombre de Dios, están inscritos en el nombre de Dios, en la memoria de Dios, por ello el Señor dice: Dios no es un Dios de muertos, es un Dios de vivos, y quien forma parte del nombre de Dios, quien está en la memoria de Dios, está vivo. Nosotros los hombres, con nuestra memoria, por desgracia, podemos conservar sólo una sombra de las personas que hemos amado. Pero la memoria de Dios no conserva sólo las sombras, es origen de vida: aquí los muertos viven, en su vida y con su vida han entrado en la memoria de Dios, que es vida. Esto nos dice hoy el Señor: Tú estás inscrito en el nombre de Dios, tú vives en Dios con la vida verdadera, vives de la fuente verdadera de la vida. Por eso en un momento de tristeza como este somos consolados. Y la liturgia renovada después del Concilio se atreve a enseñarnos a cantar el “Aleluya” en una misa de difuntos. ¡Qué audacia! Nosotros sentimos sobre todo el dolor por la pérdida, sentimos sobre todo la ausencia, el pasado, pero la liturgia sabe que estamos en el mismo Cuerpo de Cristo y vivimos a partir de la memoria de Dios, que es nuestra memoria. En este entrelazarse de su memoria y de nuestra memoria estamos unidos, estamos vivos.

Pidamos al Señor para que sintamos cada vez más esta comunión de la memoria, para que nuestra memoria de Dios en Cristo se avive cada vez más y así podamos sentir que nuestra verdadera vida está en Él y en Él permanecemos todos unidos. En este sentido cantamos el “Aleluya”, seguros de que el Señor es la vida y su amor no se acaba jamás.

Amen.

esperanza que viene de la fe. Ha entrado en la fiesta del Señor como virgen prudente y sabia, porque había vivido no en la superficialidad de cuantos olvidan la grandeza de nuestra vocación, sino en la gran visión de la vida eterna, y así estaba preparada para la llegada del Señor.

Fue durante treinta años *Memores Domini*. San Buenaventura dice que en la profundidad de nuestro ser está inscrita la memoria del Creador. Y precisamente porque esta memoria está inscrita en la profundidad de nuestro ser, podemos reconocer al Creador en su primera creación, podemos acordarnos de Él, ver las huellas que Él ha dejando en el cosmos que ha creado. Dice además san Buenaventura que esta memoria del Creador no es sólo memoria de algo del pasado, porque su origen está presente, y por tanto es memoria de la presencia del Señor; también es memoria del futuro, porque tenemos la certeza de que venimos de la bondad de Dios y estamos llamados a alcanzar la bondad de Dios. Por tanto en esta memoria se encuentra también otro elemento, el gozo: nuestro origen, que es ese gozo que es el Señor, y nuestra llamada a alcanzar la gran alegría final. Sabemos que Manuela era una persona internamente penetrada por la alegría, por ese gozo que viene de la memoria del Señor. Pero san Buenaventura añade también que nuestra memoria, como toda nuestra existencia, está herida por el pecado: así la memoria se oculta, se oscurece, se ve ocultada por otras memorias superficiales, y no logramos traspasarlas, ir más al fondo, llegar a la verdadera memoria que sostiene nuestro ser. Por tanto, a causa de este olvido de Dios, de este olvido de la memoria fundamental, también la alegría se ve ocultada, oscurecida. Sí, sabemos que somos creados para la alegría, pero ya no sabemos dónde se encuentra la alegría y la vamos buscando por distintos lugares. Vemos hoy esta búsqueda desesperada de la alegría que se aleja cada vez más de su verdadera fuente, de la verdadera alegría. Olvido de Dios, olvido de nuestra verdadera memoria. Manuela no era de los que han olvidado la verdadera memoria: ella vivió precisamente en la memoria viva del Creador, en la alegría de su creación, viendo la transparencia de Dios en todo lo creado, también en los acontecimientos cotidianos de nuestra vida, y supo que de esta memoria – presente y futuro – viene la alegría.

Memores Domini. Los *Memores Domini* saben que Cristo, la víspera de su Pa-

MENSAJE enviado por el Santo Padre Benedicto XVI con motivo de las Exequias de la Memor Domini Manuela Camagni, de la Familia Pontificia, fallecida a causa de un accidente el 24 de noviembre de 2010, y leído por mons. Georg Gänswein el 29 de noviembre durante la Liturgia exequial en San Piero in Bagno, Romagna.

Queridos hermanos y hermanas,

de todo corazón hubiera querido presidir las Exequias de la querida Manuela Camagni, pero – como os podéis imaginar – me ha sido imposible. De todas formas, la comunión en Cristo nos permite a los cristianos tener una verdadera cercanía espiritual, en la cual compartimos la oración y el afecto del alma. En este vínculo profundo os saludo a todos, de manera especial a los familiares de Manuela, al Obispo diocesano, los sacerdotes, los *Memores Domini* y los amigos.

Quisiera muy brevemente ofrecer mi testimonio sobre esta Hermana nuestra, que acaba de ir al Cielo. Muchos entre vosotros conocen a Manuela desde hace tiempo. Yo he podido beneficiarme de su presencia y de su servicio en el apartamento pontificio en los últimos cinco años, en una dimensión familiar. Por ello deseo dar gracias al Señor por el don de la vida de Manuela, por su fe, por su generosa respuesta a la vocación. La divina Providencia la llevó a ejercer un servicio discreto pero precioso en la casa del Papa. Ella estaba contenta de esto, y participaba con gozo en los momentos familiares: la santa Misa por la mañana, las Vísperas, las comidas en común y las varias y significativas celebraciones de la casa.

La separación tan repentina, y también el modo en que nos ha sido arrebatada, nos provocan un gran dolor, que sólo la fe puede consolar. Me conforta mucho pensar en las palabras que dan el nombre a su comunidad: *Memores Domini*. Meditando sobre estas palabras y su significado, encuentro un sentido de paz, porque ellas nos remiten a una relación tan profunda que es más fuerte que la muerte. *Memores Domini* quiere decir: “que recuerdan al Señor”, es decir, personas que viven en la memoria de Dios y de Jesús, y en esta memoria cotidiana, colmada de fe y de amor, encuentran el sentido de todo, de los pequeños actos y de las grandes elecciones, del trabajo, del estudio, de la fraternidad. La memoria del Señor colma el corazón de una alegría profunda, como dice un antiguo

himno de la Iglesia: “*Jesu dulcis memoria, dans vera cordis gaudia*” [Jesús, dulce memoria, que das al corazón la alegría verdadera].

Por esto me da paz pensar en que Manuela es una *Memor Domini*, una persona que vive en la memoria del Señor. La relación con Él es más profunda que el abismo de la muerte. Es un vínculo que nada ni nadie puede romper, como dice san Pablo: “[Nada] podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor.” (Rm 8,39). Sí, si nosotros nos acordamos del Señor, es porque Él, antes, se acuerda de nosotros. Nosotros somos *memores Domini* porque Él es *Memor nostri*, y se acuerda de nosotros con el amor de un Padre, de un Hermano, de un Amigo, también en el momento de la muerte. Aunque a veces pueda parecer que en ese momento esté ausente, que se olvida de nosotros, en realidad Él siempre nos tiene presentes, pues estamos en su corazón. Cuando caemos, caemos siempre en sus manos. Incluso donde nadie puede acompañarnos, nos espera Dios: nuestra Vida.

Queridos hermanos y hermanas, en esta fe llena de esperanza, que es la fe de María al pie de la cruz de Jesús, la misma mañana de su muerte he celebrado la santa Misa en sufragio por Manuela. Y mientras acompañé con la oración el rito cristiano de su sepultura, impartí con afecto a los familiares, a sus confraternas y a todos vosotros mi Bendición.

HOMILÍA. El jueves 2 de diciembre por la mañana, Benedicto XVI presidió en la Capilla Paulina la misa en sufragio por Manuela Camagni. Concelebraron el arzobispo Fernando Filoni, sustituto de la Secretaría de Estado, don Julián Carrón, presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación, los monseñores Georg Gänswein, secretario particular del Pontífice, Alfred Xuereb, de la Secretaría particular, Ettore Balestrero, subsecretario para las relaciones con los Estados, Fortunatus Nwachukwu, jefe de protocolo, Alberto Ortega, de la secretaría de Estado, y Alain de Raemy, capellán de la Guardia Suiza Pontificia. Participaron en la celebración el arzobispo James Michael Harvey, prefecto de la Casa pontificia, el obispo Paolo De Nicolò, regente de la Prefectura, el médico personal del Papa,

Patrizio Polisca, el comandante de la Guardia Suiza Pontificia, coronel Daniel Rudolf Anrig, el director del Cuerpo de la Gendarmería vaticana, Domenico Giani, y el director de L'Osservatore Romano. Junto a ellos estaban también presentes las tres *Memores Domini* del apartamento pontificio, Loredana, Cristina y Carmela, sor Birgit Wansing, del movimiento de Schönstatt, y sor Christine Felder, de la Familia Espiritual La Obra; el personal laico del apartamento y de la antecámara. Asistieron además hombres y mujeres de la asociación «*Memores Domini*» que viven en Roma –entre ellos también Cristiana Maraviglia, de la junta directiva nacional– y numerosas religiosas residentes en el Vaticano. El rito fue dirigido por monseñor Enrico Viganò, maestro de ceremonias pontificio. La liturgia estuvo acompañada por los cantos del cuarteto de la capilla Sixtina, dirigido por don Massimo Palombella.

Queridos Hermanos y Hermanas,

En los últimos días de su vida, nuestra querida Manuela recordaba que el 29 de noviembre celebraría su treinta aniversario de profesión en la comunidad de los *Memores Domini*. Y lo decía con gran alegría, preparándose – así daba la impresión – a una fiesta interior, para celebrar este camino que llevaba treinta años recorriendo hacia el Señor, en comunión con los amigos del Señor. La fiesta, sin embargo, fue distinta de la prevista. Precisamente el 29 de noviembre la llevamos al cementerio, cantamos que los ángeles la acompañaran al Paraíso, la guiamos a la fiesta definitiva, a la gran fiesta de Dios, a las Bodas del Cordero. Treinta años caminando hacia el Señor, entrando en la fiesta del Señor. Manuela fue una “virgen sabia y prudente” que supo llevar aceite en su lámpara, el aceite de la fe, una fe vivida, una fe nutrida por la oración, por el diálogo con el Señor, por la meditación de la Palabra de Dios, por la comunión en la amistad con Cristo. Y esta fe era esperanza, sabiduría, era certeza de que la fe abre el verdadero futuro. Y la fe era caridad, era darse por los demás, vivir en el servicio del Señor por los demás.

Yo, personalmente, debo dar las gracias por su disponibilidad, que la llevó a entregar sus fuerzas al trabajo en mi casa, con este espíritu de caridad, de